



Portada: Jaime Landívar

# ÍCONOS

## REVISTA DE FLACSO - ECUADOR

Nº 4. - Diciembre - Marzo, 1998

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

### DIRECTOR FLACSO-ECUADOR

ARQ. FERNANDO CARRION

### EDITOR ICONOS

FELIPE BURBANO DE LARA

### CO-EDITOR ICONOS

SEBASTIAN MANTILLA BACA

### COLABORADORES EN ESTE NUMERO

MICHEL RAWLAND  
ADRIAN BONILLA  
GERMANICO SALGADO  
JULIO ECHEVERRIA  
ALEX PIENKNAGURA  
ABDON UBIDIA  
QUINCHE ORTIZ  
EDUARDO KINGMAN  
JAIME LANDIVAR  
SILVIA MEJIA  
CARMEN MARTINEZ  
ANDRES GUERRERO  
JAVIER BONILLA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR

DISEÑO: Luis Ochoa LL.

IMPRESION: Eclimpres S.A.

### FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano Páez  
118 y Patria

Teléfonos: 232-029  
232-030 232-031 232-032

Fax: 566-139

E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

# INDICE

## COYUNTURA

Perspectivas del sistema electoral ecuatoriano **4**  
**MICHEL ROWLAND**

Heterogeneidad, legitimidad e incertidumbre **9**  
**ADRIAN BONILLA**

## ACTUALIDAD

Globalización e integración en América Latina **18**  
**GERMANICO SALGADO**

## POSMODERNIDAD

La 'irrepresentabilidad' de la política **32**  
**JULIO ECHEVERRIA**

El nebuloso sistema posmodernista **44**  
**ALEX PIENKNAGURA**



Modernidad y posmodernidad **54**  
**ABDON UBIDIA**

## CULTURA Y GLOBALIZACION

De los medios a las mediaciones o las preguntas por el sentido **62**  
**QUINCHE ORTIZ**

¿Qué es lo que hace pequeñas a nuestras ciudades? **68**  
**EDUARDO KINGMAN**

## DIALOGOS



Los círculos viciosos del presidencialismo **81**  
**ARTURO VALENZUELA**

## FRONTERAS

Cuba: ¿No más cambios por ahora? **89**  
**SILVIA MEJIA**

Racismo, amor y desarrollo comunitario **98**  
**CARMEN MARTINEZ**

## ENSAYO

Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria **112**  
**ANDRES GUERRERO**

## RESENAS

Reseñas bibliográficas: **124**  
- El Estado como solución  
- Frágil felicidad. Un ensayo sobre Rousseau  
- Los espectros de Marx  
- Ecuador: Señas particulares

La compleja relación de lo local y lo global

# ¿QUE ES LO QUE HACE PEQUEÑAS A NUESTRAS CIUDADES?

Lo local hacía referencia, en el pasado, a lo "más atrasado" o, en otros casos, a "lo más profundo"

*Por Eduardo Kingman Garcés  
Profesor e investigador de FLACSO-Ecuador*

**E**xiste en la historia de las ciudades un momento de quiebre previo a toda urbanización, en el cual una ciudad, percibida hasta ese entonces a la medida del hombre, comienza a ser vista como demasiado aislada, demasiado pequeña o triste, "como aldea y no como verdadera ciudad". Buena parte de la literatura modernista muestra esta "nostalgia de futuro" o "nostalgia de mundo" que antecede a las transformaciones urbanas.

No podemos seguir percibiendo ese tipo de nostalgia como mera expresión de la influencia de valores externos. Obedeció, por el contrario, a una búsqueda de referentes o alternativas a un tipo de organización de la vida cotidiana que se presentaba como estática y estrecha, a la vez que absorbente. No respondía únicamente a requerimientos económicos sino que era el reflejo de aspiraciones o necesidades de otro orden, si se quiere espirituales, como respuesta al denso clima moral de nuestros países en la primera mitad del siglo. Fernando Chávez, el primer indigenista ecuatoriano -modernista a su modo- muestra en su libro de memorias el papel jugado por los almanaques, los libros y folletos, las láminas y descripciones de ciu-



dades y parajes europeos, en la formación de la infancia en los años veinte. Su relato nos permite ver en qué medida este tipo de referentes formaba parte de la cotidianidad, por lo menos de los sectores medios:

"Mis ojos agrandados por la curiosidad aprendieron a deletrear París y Nueva York antes, mucho antes, que Imbabura o Ecuador. Y es que no había almanaques o libros del país. Los industriales o boticarios han aprendido más tarde que el almanaque es un poderoso medio de propaganda. Antes lo ig-

noraban con el plácido gozo de toda ignorancia. Esa ignorancia la aprovechaba Francia, la que vendía y exportaba el latinoamericanismo junto con el polvo de arroz, las aguas perfumadas y los contajos. Roger et Gallet, Ed Pinaud eran nombres conocidos para los chicos de mi generación, conocidos por repetidos, sin más. En estos delgados grupillos de hojas de papel satinados, con grabados mediocres, aprendimos que había una Torre Eiffel, que existía algo más que la llamada "moda" y que esto venía más allá del mar, de una tierra de milagro que se llamaba la Francia (...) (36).

¿Qué es lo que conducía a esa fuga de lo nuestro y a una relación imaginaria con otras realidades? En lo que relata Fernando Chávez hay todo una simbología cuyos referentes son sin duda europeos. ¿Pero qué es lo que tornaba mágicos a esos referentes? ¿De dónde provenía la capacidad para percibirlos de modo maravilloso, siendo como eran enteramente corrientes? ¿Se trataba en parte de una virtud de los propios medios (almanaques, revistas y libros) y de las tec-

**Lo local siempre se ha definido en relación a lo global, pero el peso de lo global nunca ha sido tan aplastante como ahora**

nologías de la lectura, pero no era al mismo tiempo el resultado de una forma de percibir el mundo, armada a partir de un hábitus, una localidad y una época? Y si esto fue así en el pasado, ¿qué tipo de vínculos se arman contemporáneamente, en el contexto de un mundo globalizado?

Lo que pretendo en este artículo es discutir la relación entre las culturas locales y el llamado sistema-mundo y dentro de eso la idea de que los valores externos se imponen en nuestras realidades a modo de tabla rasa. Lo local siempre se ha definido en relación a lo global, pero el peso de lo global no ha sido nunca tan aplastante como ahora. Lo local hacía relación, en el pasado, a "lo más atrasado" o , en otros casos, como en Arguedas, a "lo más profundo", y tenía que ver, sobre todo, con las comunidades campesinas e indígenas y con las pequeñas ciudades. Hoy eso "más profundo" es visto como algo en proceso de desaparición. La preocupación por los problemas culturales se ha centrado en las ciudades, algunas de las cuales han pasado a convertirse en mega-ciudades: en su relación con los procesos

cales y el llamado sistema-mundo y dentro de eso la idea de que los valores externos se imponen en nuestras realidades a modo de tabla rasa. Lo local siempre se ha definido en relación a lo global, pero el peso de lo global no ha sido nunca tan aplastante como ahora. Lo local hacía relación, en el pasado, a "lo más atrasado" o , en otros casos, como en Arguedas, a "lo más profundo", y tenía que ver, sobre todo, con las comunidades campesinas e indígenas y con las pequeñas ciudades. Hoy eso "más profundo" es visto como algo en proceso de desaparición. La preocupación por los problemas culturales se ha centrado en las ciudades, algunas de las cuales han pasado a convertirse en mega-ciudades: en su relación con los procesos





globales y con la complejización de las culturas. No obstante, ni siquiera hoy lo global parece estar en condiciones de destruir lo local, no solo porque constituye uno de sus anclajes (la "ciudad informacional") sino porque todo proceso cultural tiene su base en procesos locales, a pesar de que está sujeto a múltiples influencias y hoy más que nunca "se desvanezca en el aire".

### **EL TAMAÑO DE LAS CIUDADES**

Existe una relación entre el tamaño de las ciudades y las formas de cultura urbana. No obstante, esta relación, así como las formas de percepción de la misma, depende de diversas circunstancias históricas. Lo que nosotros llamamos una pequeña ciudad -por su traza urbana, por el número de pobladores- podía haber sido considerada lo suficientemente grande en el siglo XVI o en el XVII. El tamaño de una ciudad estaba en función de la topografía, de las fuentes de agua, de los abastecimientos y la disponibilidad de gente de servicio, así como de los tiempos requeridos para desplazarse del centro hacia

**Existe una relación entre el tamaño de las ciudades y las formas de cultura urbana, pero depende de las circunstancias históricas**

la periferie y viceversa. Este proceso estaba guiado, además, por la necesidad de generar una armonía en el desarrollo de la urbe y un cierto control sobre el espacio; un equilibrio interior expresado en la arquitectura y una urbanística organizada a partir de los espacios públicos.

Nada expresaba de mejor manera la idea de continuidad que la morfología de las ciudades, y un tipo de arquitectura basada en la

reproducción de sistemas constructivos, elementos y funciones, a lo largo del tiempo. Todo esto obedecía a una búsqueda de racionalidad y orden en el funcionamiento de los espacios, así como al carácter artesanal de los procesos constructivos y la transmisión de experiencias de generación en generación a través de los gremios. Pero respondía, además, a un estilo o sistema de vida más o menos uniforme, reproducido a lo largo de varias generaciones, al interior del cual jugaba un rol importante un tipo de organización y uso de los espacios. Parte de esta organización consistía en la yuxtaposición de órdenes jerárquicos, ya que se trataba de ciudades señoriales.

Entre ciudad y ciudad se levantaban poblados y tambos, ubicados en lo posible a no más de una jornada de camino, con el fin de permitir el reposo de los viajeros y facilitar los intercambios. A diferencia de lo que sucede contemporáneamente -en el contexto de las redes informacionales- la lógica comunicacional, que garantizaba la apropiación de los recursos y daba continuidad a los abastecimientos, estaba armada a partir de un continuum territorial que incluía a ciudades medianas y grandes y simples aldeas.

Se daba de hecho una relación entre el tamaño de las ciudades y el tipo de economía, de base fundamentalmente agraria y regional. La actividad de los gremios tenía por base una población hasta cierto punto estable: la de la ciudad y su entorno aldeano. Las posibilidades de control de pestes y enfermedades dependía también y mucho, del tamaño de una ciudad. Una ciudad demasiado grande pasaba por dificultades para ser abastecida, además de que se perdía la "escala humana", y esto tanto en términos de convivencia como de vigilancia de sus miembros. Lo contrario era igualmente poco rentable: los asentamientos excesivamente pequeños y dispersos, "a trasmano", a los que no era posible llegar fácilmente, de ahí el papel de las cabeceras parroquiales y los pueblos grandes.

El tamaño y la ubicación de las ciudades y su influencia sobre la vida social, es muy relativo. Una ciudad como Quito estaba lo suficientemente protegida por la topografía



y contaba con los recursos necesarios, tanto los de la tierra como los de la industria; su crecimiento era lento y relativamente armónico. Aparentemente, no necesitaría expandirse más allá de su matriz colonial (como efectivamente sucedió a lo largo de varios siglos). Quien podía pensar que esa misma ubicación ("Quito está encerrado entre montañas y profundas cañadas y vedado a cualquier expansión" anota un viajero de inicios del XIX) perfecta para una época, iba a constituir una traba -desde el punto de vista urbanístico y de organización de la vida económica y social- en el futuro?

No quiero detenerme en los factores económico-sociales que influyen en el crecimiento de una ciudad. Se ha dicho lo suficiente acerca de las relaciones entre la dinámica del mercado, las modificaciones en el agro o el desarrollo de una suerte de economía urbana y la expansión y modernización de las ciudades; aunque se ha escrito relativamente poco acerca de los cambios en la cotidianidad y en los imaginarios. A eso intentaba referirme con mi pregunta acerca de qué es lo que convierte, en un momento dado, en demasiado pequeñas a las ciudades. De hecho su tamaño ofrecía algunas ventajas cotidianas (a más de obedecer del mejor modo a la dinámica económica de una época). Una de las ventajas y quizás la más importante, era la estrecha relación con el campo. La posibilidad de cruzar la ciudad y toparse con el campo o incluso tener el campo metido dentro de la ciudad. Se trataba, si se quiere, de una ventaja relacionada con el medio ambiente. Otra ventaja relativa podía ser la familiaridad de las relaciones, los encuentros cotidianos, el sentido de pertenencia. Existe aún una memoria al respecto y alguna nostalgia por un pasado aparentemente idílico en el cual las ciudades aún no crecían demasiado, conservando los espacios públicos y un ambiente poco deteriorado.

Pero todo esto, que hoy muchos añoran, era percibido como rémora o como carga en el pasado, por lo menos entre ciertas capas

intelectuales. Pablo Palacio escribía con sorna acerca del “campo a un pasito de la ciudad”. Igualmente se refería a la suciedad de las calles y zaguanes de Quito y a su medio demasiado estrecho. Otros autores, sobre todo viajeros, hablaban del carácter remoto de ese tipo de ciudades o de su imagen enclaustrada, de su carácter estrecho y provinciano. Esta “nostalgia de futuro” no obedecía solo a requerimientos materiales sino a necesidades de vida. Se trataba, en este caso, de una búsqueda de las ventajas que la cultura ofrece para la construcción de una vida moderna. Lograrlo era mucho más factible en los puertos que en las ciudades del interior, tanto por la dinámica del mercado como por la menor dependencia con respecto a relaciones señoriales.

Es cierto que como contrapartida no faltaban los que miraban con recelo cualquier cambio y se convertían en guardianes del pasado. Se dan en todas y cada una de las ciudades momentos de ruptura en un tipo de desarrollo urbano aparentemente homogéneo, lo que provoca una secuela de cambios en la cotidianidad y en las culturas. Todo esto se expresa en imágenes contrapuestas, como si cada ciudad abarcara varias ciudades al mismo tiempo. Lo que resulta difícil ubicar son los momentos de esas rupturas, ya que no se producen en unos cuantos años sino a lo largo de varias décadas y generaciones.

Hasta aquí me he referido sobre todo a las primeras expresiones de la modernidad y a las primeras formas de expansión urbana. Pero qué es lo que sucede ahora, hacia fines del segundo milenio, en el contexto de un mundo crecientemente globalizado?

### MODERNIDAD Y SOCIEDAD

En uno de los textos clásicos de la sociología urbana, Louis Wirth parte del criterio de que “el rasgo distintivo del modo de vida del hombre moderno es su concentración en gigantes conglomerados alrededor de los cuales se apiñan centros menores, y de los cuales irradian las ideas y prácticas que solemos llamar civilización”. No obstante su convencimiento con respecto a la urbanización del mundo, el autor reconoce la existencia de formas premodernas o preurbanas al interior de las propias ciudades. “Como la ciudad es resultado de un crecimiento y no de una creación espontánea, puede esperarse

que las influencias que ejercen sobre los modos de vida no logren extinguir completamente las formas de asociación humana que antes predominaron”. A pesar de esta especie de mundos en transición, lo cierto es que asistiríamos a una urbanización planetaria.

Siguiendo esta perspectiva de análisis, la urbanización no constituiría únicamente un fenómeno espacial sino algo más amplio, una especie de tendencia general de carácter social y cultural, un “modo de vida” que incluiría tanto a la ciudad como al campo. Esta tendencia se vería acrecentada contemporáneamente debido a la ampliación del intercambio, el desarrollo de los medios de transporte, la influencia creciente de las tecnologías de la información y la cultura de masas.

En los Andes la urbanización no puede medirse únicamente en términos de modernidad ya que supone una dialéctica permanente con lo que se asume como su opuesto: lo no urbano, lo no moderno. Si bien contamos con ciudades grandes, y relativamente grandes, éstas no responden a plenitud a lo que Occidente entiende por “lo moderno” e incluso por “lo urbano”. Buena parte de estas ciudades han crecido como resultado de los cambios agrarios, o como efecto de catástrofes naturales, la violencia o el hambre, antes que como efecto de la industrialización. Y algo parecido sucede en el caso de las ciudades intermedias y de las pequeñas ciudades y poblados surgidas en zonas de frontera. De hecho tampoco nuestra modernidad se parece al modelo clásico: implica una relación (juego, negociación) muy fuerte con lo no moderno.

Si concebimos la urbanización como “modo de vida” podríamos ver en qué medida se ha ampliado su radio de influencia. El dominio de los estados nacionales sobre el territorio ha dejado de ser esporádico, y de algún modo imaginario; aún los lugares más remotos han sido “descubiertos para la Nación” y vinculados a ella a través del intercambio, los sistemas de transporte y de comunicaciones. Los índices de alfabetismo han pasado del treinta por ciento en los años cincuenta al setenta y ochenta por ciento en los noventa, convirtiéndose la escuela en uno de los principales recursos civilizatorios. Casi la totalidad de las culturas locales, campesinas e indígenas que en el pasado reciente mantenían un cierto nivel de autonomía con respecto a las culturas nacionales -aunque a costa de permanecer “desnacionalizadas”, en



calidad de “reservas andinas” (Piel, 1996) o selváticas- hoy han sido incorporadas, unas más y otras menos, a la dinámica de la modernización; pero sin que eso signifique necesariamente adscribirse a sus supuestos beneficios.

Si pensamos en lo que está sucediendo actualmente con la Amazonia podríamos observar las consecuencias de la domesticación y destrucción del medio natural y con ello de una gama muy rica de posibilidades de organización de la vida social y de las relaciones humanas, como resultado de la ampliación de los requerimientos de vida urbanos y de explotación de recursos. El sistema escolar y los mass media nos han acercado al mundo pero a costa de ejercer diversos tipos de violencia simbólica en contra de las culturas indígenas, contribuyendo a la eliminación de infinidad de lenguas, sistemas de representación y formas de vida. La dinámica de la urbanización y de la globalización conduce a dos posiciones aparentemente contradictorias pero que forman parte de la misma moneda: por un lado, la tendencia a avasallar todo y, por otro lado, la lamentación por lo destruido.

Los latinoamericanos, y de modo particular los andinos, no solo soportamos las secuelas de la urbanización, sino toda la problemática del subdesarrollo. Esto hace de algún modo distinta la urbanización en el tercer mundo y ha conducido a situaciones como las que siguen:

■ Deterioro del medio ambiente en las áreas influidas por la ciudad, en escala cre-

ciente.

■ Migración masiva y el deterioro de los asentamientos de base rural.

■ Crecimiento desordenado y la formación de barriadas y villas miseria.

■ Agudización de la pobreza.

■ Constitución de fronteras sociales y étnicas al interior de las ciudades.

■ Violencia e intolerancia cotidianas.

■ Deterioro de la esfera pública y la imposibilidad de la polys.

■ Pérdida de racionalidad en el manejo de la urbe.

## URBANIZACION Y CIUDADANIA

Se podría argumentar que el problema no tiene que ver tanto con la urbanización como con las condiciones bajo las cuales ésta se produce, lo cual es en parte cierto. Si miramos así las cosas podríamos hablar incluso de posibles ventajas en términos de construcción de ciudadanía y de racionalización de las relaciones sociales. De hecho, se ha dado el paso de un tipo de comunidades y culturas locales relativamente “homogéneas”, pero desvinculadas entre sí, a la constitución de un conjunto heterogéneo de sectores sociales agrupados en torno a espacios concentrados y a redes comunicacionales. Estos grupos encontrarían en las urbes la posibilidad de encontrarse, imbricarse y, también, de mostrar sus diferencias y, en determinadas circunstancias, su conflictividad. Algo semejante se dio en el Chicago de los años treinta, estudiado por Wirth, debido

a la presencia de migrantes venidos de todas partes, obligados a convivir con gentes de distintos orígenes y a jugar diversidad de roles. La urbanización podría constituir una condición favorable al reconocimiento de la diferencia y el desarrollo de la tolerancia dada la infinidad de vínculos y relaciones a las que se ven sujetos los individuos. Además de que en la ciudad los poderes se encuentran mucho más concentrados y, en primer lugar, el poder que se deriva de la información. La ciudad constituye, en este sentido, un campo de aprendizaje. No debemos extrañarnos de que las centrales indígenas y campesinas tienden a ubicarse en ciudades y principalmente en las capitales nacionales y provinciales.

En el caso de nuestros países la propia noción de ciudadanía se ha visto enriquecida con la "andinización de las ciudades". La retórica de la diversidad ha sido incorporada al discurso ciudadano y en primer lugar al discurso municipal; pero no siempre se ha estado en condiciones de conjugar esa retórica con prácticas distintas. La construcción de ciudadanía en la zona andina supone romper con una carga inconsciente de intolerancia y apartheid arraigada en la larga duración, que sale a flote en cualquier circunstancia y que sirve de base a nuestra violencia cotidiana. La ciudadanía real, si es que realmente llegara a construirse, estaría dirigida tanto al reconocimiento de los individuos como personas, al igual que en el modelo clásico europeo, como a la aceptación de pueblos, grupos y culturas diversos, en igualdad de condiciones. A diferencia de las percepciones clásicas con respecto a la constitución de ciudadanía, aquí el reconocimiento como persona pasa, en la mayoría de los casos, por el reconocimiento como grupo.

De acuerdo a lo señalado se podría, incluso, hacer un punteo de las ventajas que la

ciudad contemporánea podría ofrecer a sus habitantes:

- La ruptura de los antiguos mecanismos de control social basados en un sistema de valores y jerarquías relativamente fijos.
- La ampliación de las formas de acceso a experiencias de distinto tipo. Se trata de una inmensa circulación de productos, imágenes e información cultural de orígenes diversos, que pone en entredicho cualquier adscripción a identidades fijas.
- La posibilidad de construir formas de existencia ciudadanas basadas en el respeto de las diferencias, solo parecería factible en el espacio abierto de las ciudades en donde los individuos se ven obligados a mantener múltiples relaciones y a jugar roles diversos.
- La posibilidad contraria de que estas relaciones y vínculos diversos no conduzcan a nada, ni construyan ciudadanía ni provoquen encuentros, sino por el contrario intolerancia y formas violentas de resolución de las diferencias.

Nosotros sabemos que muchas de estas perspectivas sociales y culturales no vendrían dadas tanto por la expansión de las ciudades como por los cambios en la cultura política y en las relaciones de poder.

La ciudad de la primera mitad de este siglo asumía la civilización como forma de distinción -como afirmación del mundo blanco-mestizo vía incorporación a los valores "modernos"-, permitiendo por un buen tiempo, a partir de la segregación, la reproducción de las culturas indígenas y cholos, como culturas hasta cierto punto separadas. La escala de las transformaciones tecnológicas en el pasado fue posiblemente mucho más acorde con la reproducción del medio-ambiente y de las culturas, aunque en calidad de "naturalizadas"; pero el tipo de relaciones que servían de base a esos procesos no fue en ningún momento idílico.





La ciudad de fin de milenio asume la civilización bajo criterios aparentemente distintos, dando lugar incluso al discurso de la diferencia. Y esto en la medida en que intenta generar condiciones para un consumo generalizado de mercancías y un acceso mucho más abierto a las posibilidades que ofrece el mercado. Un momento de quiebre en este proceso ha sido el desarrollo de medios y tecnologías audio-visuales a partir de las cuales ha sido posible armar un fabuloso mercado virtual al alcance aún de los más pobres de América Latina.

### LOS CIRCUITOS INTERNACIONALES

Si desde los grandes centros económicos y culturales del planeta existe una aceptación de la diversidad y una política de incorporación de muchos de sus elementos -como recurso de mercado, pero también como enriquecimiento de su propio capital simbólico-, desde la periferie se desarrollan estrategias de incorporación a esos circuitos internacionales de arte, artesanías, o simplemente valores, sea bajo las formas de lo marginal o de lo exótico o bajo el discurso más contemporáneo de lo diverso. "No debe creerse que el multiculturalismo y los nuevos procesos de intermediación que éste ha engendrado tratan solo de la diversidad y de la expansión de la sociedad civil. El factor económico es una parte fundamental de la negociación de la diversidad" (Yudice, 1996: 101). De acuerdo a Yudice, el discurso de la diversidad en los Estados Unidos "concilia la actual hegemonía del multiculturalismo en esferas educacionales, artísticas, empresariales, y 'progresistas' con la creencia de que 'América' ofrece un liderazgo no solo económico sino también cultural como 'la primera sociedad verdaderamente multicultural del mundo'" (Yudice, 1996: 101).

Es posible que este consumo -de carácter en buena medida virtual- esté dando paso a

una mezcla -no necesariamente híbrida- de elementos venidos de todas partes, pero los nuevos niveles de incorporación al mundo de las mercancías no van a conducir de por sí a la construcción de ciudadanía.

En América Latina asistimos al proceso de formación de grandes ciudades y aún megaciudades, así como la incorporación a redes de relación transnacionalizadas. Al mismo tiempo, asistimos a la constitución de sectores y grupos sociales urbanos heterogéneos, sujetos a una dinámica de vida desconocida hasta ahora, por sus ritmos, las formas como constituyen sus identidades, el tipo de relaciones que establecen con las modernas tecnologías.

En América Latina se está dando un proceso de formación de grandes ciudades y aún megaciudades, así como la incorporación a redes de relación transnacionalizadas

Hoy resulta imposible recorrer los espacios de muchas ciudades latinoamericanas. Al crecer y renovarse, modificando sus usos, se han tornado irreconocibles. El tamaño de las ciudades hace difíciles los desplazamientos diarios y su percepción como un todo. Los hombres se ven sujetos, de manera creciente, a rutinas que les acercan a unos lugares y les alejan de otros y a la utilización de esquemas o mapas mentales que prefiguran sus recorridos. En esos esquemas entran en juego las diversas formas de percepción social y los hábitos incorpo-

rados. De igual modo se diluye la idea de un centro único y se da lugar a la formación de varias centralidades. Esas centralidades están armadas en torno a nuevos hitos y referentes de vida. Un ejemplo de esto son los "malls", espacios cerrados en donde de alguna manera se intenta privatizar la esfera pública y ponerla en función del mercado y que ejercen una especie de fascinación entre consumidores pertenecientes a diversos estratos sociales. Otro ejemplo son los conjuntos residenciales de los sectores altos y medios, concebidos como espacios "seguros", separados de la ciudad en su conjunto.

### ESPACIO, CULTURA Y POLITICA

Es difícil definir lo que se entiende contemporáneamente por cultura. De hecho la

cultura ha sido concebida siempre como un fenómeno urbano, por lo menos en Occidente. El resto ha sido desvalorizado o incorporado al registro museográfico a modo de subcultura o proto-cultura. Lo contradictorio es que buena parte de los procesos de innovación en artes plásticas, literatura, música, que se han dado en el primer mundo en este siglo, han tenido que ver con un diálogo más o menos profundo con culturas, por lo general poco modernas y poco urbanas, del tercer mundo y del propio pasado europeo.

La llamada alta cultura una vez que ha sido convertida en privativa de una clase y desvinculada de sus orígenes, ha pretendido diferenciarse con respecto a las manifestaciones de la cultura popular y de la cultura local. Un fenómeno de este tipo se produjo ya en los siglos XVII y XVIII, en Europa, con la constitución de una cultura cortesana "internacional" separada de los entornos locales, cuyos códigos regían tanto para Versalles, como para las cortes de San Petersburgo, España, o los virreynatos coloniales. Paradójicamente, hoy, al interior de los países europeos, existen movimientos orientados a reasumir elementos culturales locales como base de una tradición nacional o regional. Lo local puede ser utilizado, y está siendo

utilizado como recurso frente a la homogeneización... pero también como instrumento racista contra las culturas de los migrantes.

Al interior de nuestros grupos de poder únicamente capas muy pequeñas de intelectuales estuvieron en condiciones de distinguir en el pasado, cultura de simple ornato. En términos de Norbert Elias podría decirse además que estos grupos confundieron cultura con civilización y con procesos civilizatorios. Lo que incorporaron de Europa, por lo menos en los Andes, estuvo más relacionado con la asimilación de estilos de vida que con elementos orientados a la producción de cultura, y menos aún de una cultura nacional. A esto hay que sumar el profundo desprecio hacia las manifestaciones de las culturas indígenas y cholos, o hacia las culturas del interior (como son los casos de Lima y Quito).

Aunque los códigos de la cultura elitista si-

guen funcionando (y definiéndose a partir de sistemas cada vez más globalizados), ya que de su grado de sofisticación depende en gran parte la distinción entre los antiguos poseedores de capital simbólico y los "recién llegados", existen, de hecho, otros canales de diferenciación y ascenso social. Estos ya no pasan por lo que mal o bien se ha entendido por cultura sino por la mayor o menor capacidad de acceso a un "estilo internacional" altamente consumista (de lo que hacen uso, sobre todo, las capas recién incorporadas al poder económico por medios no necesariamente regulares como el narcotráfico, el contrabando y el asalto de los recursos estatales).

En cuanto a las culturas populares, se da sin duda una incorporación a valores modernos, principalmente vía mass-media y como

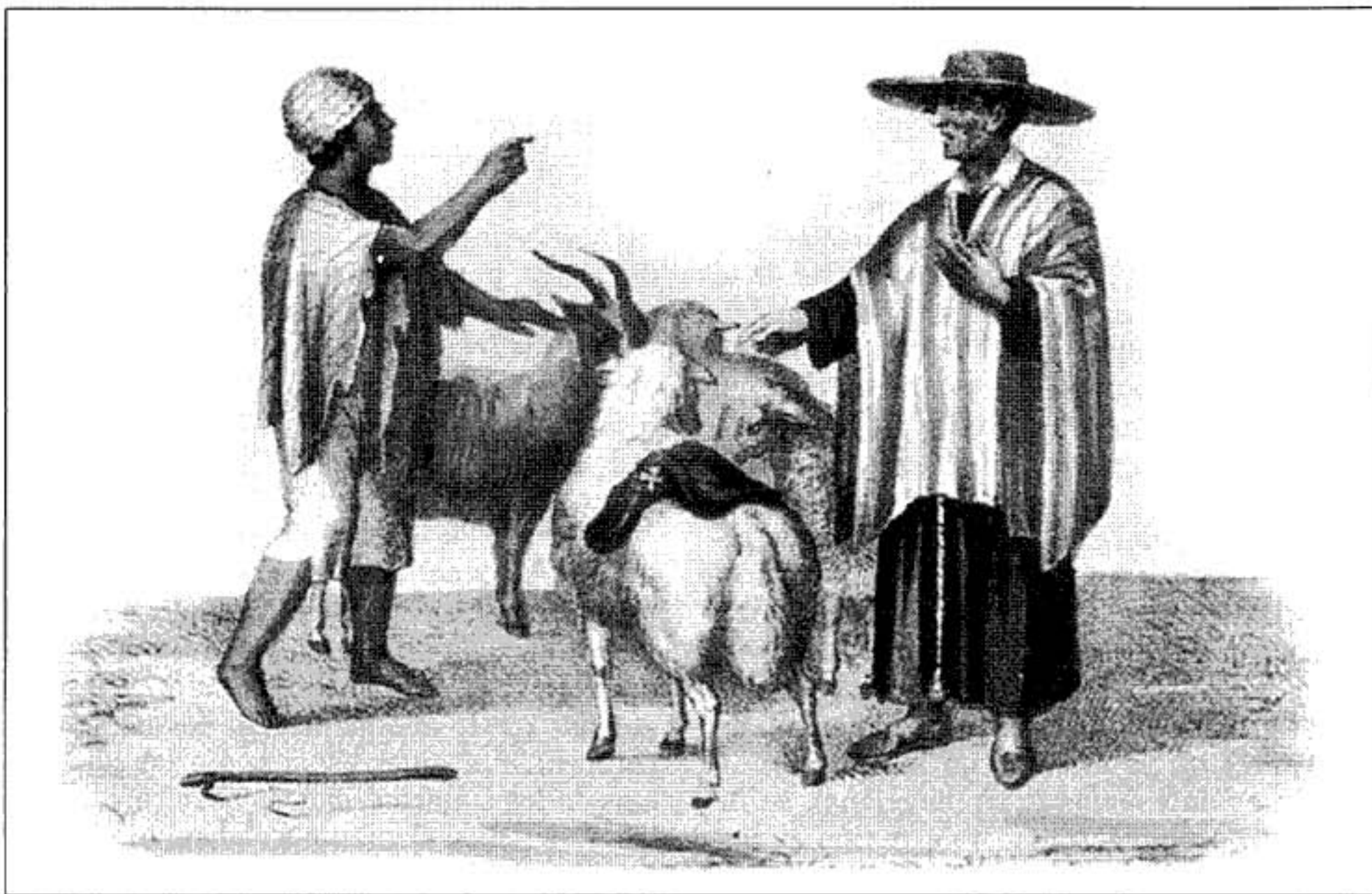
resultado de la participación en una dinámica económica con base en el mercado, así como en el consumo de productos culturales masivos; pero ni la producción cultural anterior ha sido desplazada completamente, ni la incorporación a la cultura de masas se produce de modo necesariamente pasivo.

Actualmente resulta cada vez más complejo diferenciar entre alta cultura, cultura popular y cultura de masas y evadirse a sus múltiples influencias. Gran parte

de los productos culturales contemporáneos (tanto en música, artes plásticas, como en artesanías) responden a influencias provenientes de todas partes. Es cada vez más difícil concebir movimientos culturales de importancia, en el primero, el segundo, o el tercer mundo, sin una incorporación de elementos provenientes de otras latitudes, o, si se quiere, transterritorializados. Esto se puede comprobar tanto en los casos del rock europeo y norteamericano como en el del rock latino.

Los mass-media, como los principales difusores de cultura contemporáneos, nos someten a una oferta cultural indiscriminada, de calidad y de origen diverso. A diferencia de lo que sucedía en el pasado, esta oferta se encuentra dirigida a un público indeterminado y no a una clase o sector social en particular. La posibilidad de elegir en medio de ella depende de la propia capacidad de apropiación

Lo local puede ser utilizado como recurso frente a la homogeneización, pero también como instrumento racista contra otras culturas



ción e incorporación de esos elementos culturales, fragmentados y dispersos, a la propia red de significados; cosa que posiblemente se vuelve cada vez más complejo en las condiciones actuales de desarrollo tecnológico.

Se ha dicho que lo más generalizado en nuestros países es hoy el azar y la práctica del "zappee", la asimilación de elementos culturales externos, lo que conduciría a la pérdida de las propias identidades. Existe una especie de recelo acerca de los efectos de la globalización sobre las culturas locales, o lo que es lo mismo, muy poca confianza en las potencialidades de la vida social. Con esto se olvida, además, la ligazón entre cultura y política: la posibilidad de que bajo determinadas circunstancias, las propias formas culturales se vean potenciadas, aunque fuese momentáneamente, como sucedió en Quito el 5 de febrero del 97, cuando se reconstituyó, a partir de las acciones populares, el sentido de lo público, o como ha venido sucediendo, a mayor escala, a raíz de lo de Chiapas. Algo de esto fue analizado por Marshall Bergman en relación a San Petersburgo, al comparar la modernización desde arriba orientada por los zares y la nobleza con la modernidad impulsada desde abajo.

Hasta qué punto los procesos culturales contemporáneos han conducido a una pérdi-

da de este sentido de lo público? La televisión nos devuelve una imagen distorsionada de la escena pública. Nos satura de información (cada vez más cercana a la publicidad) y nos fabrica la ilusión de totalidad (de una mirada puesta sobre la ciudad en su conjunto, o de una apropiación del mundo desde la pantalla). Pero lejos de comprometernos con los hechos de su narrativa, tiende a insensibilizarnos frente a los mismos. Y en cuanto a la ciudad, existe un sin-sentido o una irracionalidad "planificada". De hecho nuestras ciudades se caracterizan por un irrespeto por el medio-ambiente -que forma parte importante de lo público, aspecto que los urbanistas generalmente olvidamos- y una confusión de lo público con los intereses privados (un uso especulativo de la ciudad). Se confunde mejoramiento de los espacios -particularmente de los que guardan un nivel de centralidad- con expulsión de los usuarios populares, cuando no con privatización de los espacios. Los centros históricos hace mucho habrían sido derrocados de no haber sido objetos de una renta exigua y ser revitalizados a partir de los usos populares. Existe una especie de obsesión decimonónica por ordenar y "rescatar los espacios", impidiendo la libre presencia al interior de ellos. Algo así como un temor al "lenguaje de la plaza pública" que ha pasado a formar parte de nuestra vi-

da cotidiana y de nuestra cultura política. A esto se suman las vías y plazas destinadas a la circulación vehicular o los no-espacios de los aeropuertos y las salas de espera, en donde lo público ha sido alterado.

Esto no significa que el uso social de los espacios vaya a eliminarse. Muchas calles, parques y plazas conservan la vitalidad de lo público, aunque estén deteriorados, sean ambientalmente pobres y se ubiquen en la periferie. Un ejemplo, en este sentido, es el papel que juegan las canchas de fútbol barriales, alrededor de las cuales se constituye un tipo de sociabilidad popular; o las ligas como recurso a partir del cual se arman redes de relación inter-parroquiales e inter-barriales. Algo parecido continúa reproduciéndose en relación a la religiosidad popular, con las vírgenes y santos barriales y la santería propia de un grupo familiar o de una comunidad de migrantes. Si se afirma con justeza que la ciudad es un espacio comunicacional, se ha comenzado a perder de vista este tipo de flujos de relación, previos a la era de los medios informacionales.

La observación etnográfica permite evidenciar la reproducción de formas de sociabilidad diferenciadas en las barriadas. Buena parte de su población tiene vinculaciones más o menos recientes con el medio rural, y está sujeta a experiencias de ese tipo; en otros casos se trata de estrategias urbanas frente a la pobreza y la inseguridad; pero la barriada (llámese suburbio, tugurio, barrio periférico) constituye, a su vez, una tecnología de manejo de la población y organización de la vida social.

Por un lado, existe una búsqueda cultural,

descrita por Matos Mar hace algún tiempo en términos de "desborde popular", explicable en parte como una respuesta armada en el largo plazo frente a las coacciones del antiguo mundo señorial. Una especie de inconsciente colectivo dirigido a escapar de "la mirada del centro" y a vivir "de modo separado". Pero, por otro lado, se trata de una lógica impuesta por la ciudad, o desde la gubernabilidad, orientada a la constitución de esos espacios separados. Una lógica relativamente reciente, asumida de modo discontinuo, organizada por razones de "seguridad ciudadana", de la cual no es ajena el racismo.

La discusión acerca de las relaciones entre espacio y cultura, espacio y política, planteada en el siglo XIX por Weber y retomada por la Escuela de Sociología Urbana de Chicago y por el propio Wirth, mantiene su vigencia. Y esto aún en el caso de que se haga referencia al ciber-espacio o a los no-espacios de los supermercados, los aeropuertos o las autopistas. Contemporáneamente la idea de espacio público ha sido retomada en el contexto de las definiciones sobre ciudadanía. Y no es que una discusión de este tipo solo podría tener sentido dentro de conglomerados urbanos más o menos grandes, en las ciudades y no en el campo, sino que las ciudades constituyen -en términos de Braudel- una caja de resonancia; algo así como un amplificador de las relaciones sociales. No hay que olvidar, en todo caso, que buena parte de los problemas en discusión en relación a la ciudadanía en América Latina, y en los Andes, tienen un origen en el campo antes que en la ciudad.

### FINAL

Hasta hace cincuenta, cuarenta años, era posible reconocer dos vertientes más o menos claras en la constitución de las culturas en los Andes: lo andino y lo hispano. Y no solo en el campo sino en buena parte de las ciudades. Hacia 1950 José María Arguedas expresaba su preocupación por la forma como las culturas del interior comenzaban a descomponerse como resultado del desarrollo de los medios de transporte que rompían con el antiguo aislamiento que había servido de base a su reproducción. No olvidemos que para esa época la radio, el cine, la prensa, la literatura de difusión, apenas habían comenzado a difundirse en las ciudades y que grandes capas de la

población rural no tenían prácticamente acceso a ello. Es justamente en esa época cuando un grupo de estudiosos, entre los que se encontraba el propio Arguedas, desarrollan un apasionado registro orientado al rescate de los elementos de las culturas andinas, de su memoria oral y de su ritualidad, "en vías de desaparición". Unos 15 años más tarde, en 1966, el mismo Arguedas se refería a "las gigantescas empresas distribuidoras de materiales destinados a la estandarización de la mentalidad". Estas habían ganado clientela en las ciudades ("esas urbes repentinas"), pero su acción "colonizadora" se topaba con el desconcierto, a la vez que la resistencia de los "aluviones humanos de origen campesino". Lo andino encontraba en las ciudades nuevos canales

de expresión (como las radios para la difusión de su música) y hacían de ellas "campos de lucha intensa". (Arguedas 1975: 187).

En el contexto de los últimos años los cambios culturales se han hecho aún más profundos, y aunque ya nadie se atrevería a afirmar que estos vayan en la línea de la aculturación, no se puede perder de vista la dimensión de esas transformaciones.

Así, el problema ya no es tanto la mercantilización de la producción cultural indígena y mestiza y el cambio que esto supone en los significados como la conversión de buena parte de los antiguos productores culturales en consumidores de bienes generados por la industria cultural globalizada.

Claro que en materia cultural nada va en una sola dirección. La propia historia de la humanidad está llena de procesos de barbarie, mal llamados civilizatorios; pero es igualmente rica en procesos en sentido contrario. Actualmente asistimos en América Latina a una mezcla, mestizaje o transculturación cultural, que tiene como escenario principal las ciudades y que se basa en la incorporación de elementos venidos de todas partes, en una matriz que no deja de ser por eso propia. La música andina se ha contaminado, con la tropical o con elementos de la tecno-música, pero no ha salido de ese modo enriquecida? No está en condiciones de expresar de mejor manera un mundo que es fundamentalmente urbano, y en donde se han producido importantes cambios en las relaciones sociales y de género, en las estructuras afectivas y en la subjetividad? Y algo parecido sucede con la cultura del espectáculo e incluso con el tipo de uso que se hace de los mass-media. "A una producción racionalizada, tan expansionista como centralizada, ruidosa y espectacular, corresponde otra producción, calificada de 'consumo': esta es astuta, se encuentra dispersa pero se insinúa en todas partes, silenciosa y casi invisible, pues no se señala con productos propios sino en las maneras de emplear los productos impuestos por el orden económico dominante" (De Certau, 1996: XLIII).

Lo que opera ya ha operado siempre, a nivel cotidiano: es un tipo de bricolage. El armarse imágenes-mundo a partir de fragmentos, tomados de todas partes. Solo que en el "pensamiento salvaje" esos fragmentos encontraban una racionalidad al interior de un sistema mítico relativamente estable y profundamente coherente, mientras que hoy, en las selvas de cemento, "todo lo sólido se

desvanece en el aire".

Pero lo más interesante ahora, no es, a mi criterio, el profundizar sobre este proceso de formación de culturas híbridas, sino analizar -a partir de un nuevo tipo de etnografía- en qué medida en el contexto contemporáneo de "sobre-oferta" cultural y de creciente saturación de los espacios de vida, se desarrollan estrategias de "evasión", "desvío", "doble domicilio", "escamoteo", "producción marginal", "movimientos invisibles".

La dinámica contemporánea imprime cambios constantes en la cotidianidad. Estos cambios conducen a la adopción de lo que se ha dado en llamar la "modernidad", pero que más bien debe asumirse como una "fronterización del mundo cultural", como asimilación de códigos culturales diversos (y en mucho contradictorios): "el cruce de repertorios múltiples y la utilización obligada de vías de comunicación heterogéneas" (García Canclini, 1989: 92).

Esta "fronterización" hace más pequeñas a nuestras ciudades; las convierte en aldeas, sobre todo a la vista de las generaciones más jóvenes. Y este sentimiento es aún más fuerte que en el pasado, ya que compete a amplios sectores sociales y no únicamente a capas intelectuales o de élite. Es difícil entender esto cuando nos vemos insertos en un movimiento de expansión y renovación urbana, y cuando se ha desarrollado toda una retórica en torno a la inserción de nuestros países en la globalización.

Lo que hoy hace pequeñas a muchas de nuestras ciudades es la ausencia de un ambiente cosmopolita. Se incrementa la violencia y la intolerancia; se profundizan los contrastes y la búsqueda de soluciones policiales a problemas de orden social. Y en medio de la urbanización hay una desurbanización de buena parte de sus espacios.

### BIBLIOGRAFIA

- Hannerz, Ulf, Exploración de la ciudad, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993
- Yúdice, George, "El impacto cultural del Tratado de Libre Comercio", en Culturas en Globalización (Néstor García Canclini, compilador), Nueva Sociedad, Caracas, 1996
- García Canclini, Néstor, "Posmodernidad Latinoamericana, Cuadernos Hispanoamericanos No. 463, Madrid, 1989